

verbios, capítulo xi): *Novit justus jumentorum suorum animas, vicera autem impiorum crudelia*, vierten los Setenta, *Justus miseretur animas jumentorum suorum*; y realmente la contraposición, que en la segunda parte de la sentencia se hace, de la crueldad de los impíos, prueba que el *novit* de la primera tiene el significado que le atribuyen los Setenta; porque la crueldad no es contrapuesta al conocimiento, sino á la conmiseración.

En el capítulo xxiii del *Exodo* manda Dios que no se cueza el corderillo en la leche de su madre: *Non coques hædum in lacte matris suæ*. ¿Cuál puede ser el motivo de este mandato, sino la disonancia que hace á la razón el que aquel dulce licor, destinado á nutrir el cordero, sirva á disponerle más para que le devore el apetito? como que aún con los cadáveres de los brutos haya lugar al ejercicio de cierta especie de humanidad. Y en el xxii del *Deuteronomio* se ordena, que el que en un nido hallare la ave con sus pollos ó huevos, aprovechándose de éstos, deje libre y con vida la madre: *Si ambulans per viam, in arbore vel in terra, nidum avis inveneris, et matrem pullis vel ovis desuper incubantem, non tenebis eam cum filiis, sed abire patieris*. En que los expositores se hallan algo perplejos sobre el fin á que miró Dios en esta ley, y hay quienes recurran á algún sentido simbólico; pero me parece que se le puede dar bastante literal, diciendo que en ella quiso Dios dar á entender, que aunque el hombre tiene jurisdicción para usar en provecho suyo de los brutos, esto debe ser con moderación, y no extendiéndose á ser cruel ó inhumano con ellos; de suerte que se dé algo á la clemencia en ese mismo uso.

Advierto á vuestra merced que lo que he escrito en esta carta, en ninguna manera comprende á los filósofos cartesianos, los cuales en orden al asunto de ella son gente privilegiada; porque, como sólo reconocen los brutos en cualidad de máquinas autómatas, desnudas de todo sentimiento, sin el menor escrúpulo ó el más leve movimiento de compasión, pueden cortar y rajar

en ellos, hacerlos gigote, abrasarlos, aunque sea á fuego lento; bien que deberán usar en ello de dos precauciones: la una, de no hacer ese estrago sino en los brutos que están á su disposición; pues si son ajenos, aunque éstos, como meros autómatas, no lo sientan, lo sentirán sus dueños; la otra, que no se tomen esa diversión delante de los que no son sectarios de Descartes, por no moverlos á lástima ó compasión.

Nuestro Señor guarde á vuestra merced muchos años.

Habiendo leído esta carta, luego que acabé de escribirla, mi amigo el doctor don Lope José Valdés, catedrático de teología de esta universidad, sugeto muy veraz, me dió una noticia, que dijo haber leído en un libro poco há impreso, la cual me fué sumamente agradable, por calificar mi dictámen y aprobar mi genio compasivo con el soberano ejemplo de nuestros dos soberanos. Estando el Rey, nuestro señor, y la Reina, nuestra señora, cuando estos dos príncipes no eran más que príncipes, en la diversión del paseo, en una salida de Sevilla, hácia la que llaman Torre de San Isidro del Campo, sucedió que una paloma herida vino á caer cerca de sus pies. Viendo el Príncipe padecer la inocente avecilla y que verisimilmente duraría algún tiempo su tormento, porque la herida no era de las más ejecutivas, compadecido de ella, mandó que al momento acabasen de matarla, para dar fin á su dolor. Pero á esto acudió la Princesa, diciendo que le parecía mejor salvarle, si pudiese ser, la vida, llamando á un cirujano que la curase. ¡Oh corazones verdaderamente régios! ¡Oh noble benignidad, con que se debiera dar en rostro á otros príncipes que bien léjos de compadecerse de los afligidos brutos, ni aún se duelen de las angustias de aquellos miseros racionales que la Providencia colocó debajo de su dominio! ¡Ay de los vasallos de reyes que tienen por parte de la soberanía la inclemencia! Y ¡ay de esos mismos reyes, cuando comparezcan delante de aquel Soberano, que según la expresión de David, es terrible hácia los reyes de la tierra! (Salmo LXXIV.)

DESCUBRIMIENTO DE LA CIRCULACION DE LA SANGRE.

Reverendísimo padre y maestro:

Amigo y señor: Raro es el fenómeno literario que vuestra reverendísima me comunica, y no ménos curioso que raro. ¿Que es posible que un albéitar español haya sido el primer descubridor de la circulación de la sangre? Parece que no hay que dudar en ello. Escríbeme vuestra reverendísima que un amigo suyo tiene un libro de albeitería, su autor el albéitar Francisco de la Reina, impreso en Búrgos, en casa de Felipe de la Junta, el año de 1564, y el mismo vió otro semejante en la biblioteca Régia; que sin embargo, es libro raro, y acaso no habrá en España más ejemplares que los dos expresados. Remítame, pues, vuestra reverendísima, copiado, un

pasaje del capítulo xciv de dicho libro, tan claro, tan decisivo en orden á la circulación de la sangre, que hace evidente que el expresado Reina la conoció. Aquella cláusula suya: *Por manera, que la sangre anda en torno y en rueda por todos los miembros*, excluye toda duda.

Veamos ahora si este hombre fué el primero que penetró este precioso movimiento, de que pende absolutamente la vida animal. El inglés Guillermo Harveo se levantó con la fama de dicho descubrimiento, á los principios ó poco después de los principios del siglo pasado, de modo que por algún tiempo á nadie vino el pensamiento de que otro le hubiese precedido en el conocimiento de la circulación. Pero la precedencia de

nuestro albéitar respecto del médico inglés, es notoria: imprimióse el libro del albéitar el año de 1564; Harveo murió el de 1657, en la edad de ochenta años. Con que estaba impreso el libro del albéitar algunos años antes que naciese Harveo (*).

No sé si muerto ya Harveo, ó antes de su muerte, uno ú otro médico echaron la especie de que el famoso servita Pedro Pablo Sarpi, bien conocido por su satírica historia del concilio Tridentino, antes que Harveo había descubierto la circulación de la sangre, y esta noticia hizo bastante fortuna en la república literaria. Este religioso, según el Moreri, nació el año de 1552, doce años antes que se imprimiese en Búrgos el libro del albéitar La Reina. Nadie soñará que un niño veneciano, antes de llegar á la edad de doce años, supiese tanta anatomía, que por ella pudiese rastrear el movimiento circular de la sangre, porque, en efecto, el Sarpi, según se dice por una delicada observación anatómica, arribó á este conocimiento. Y sobre ése, era menester dar antes de los doce años algún tiempo para que la noticia pudiese venir á España.

Otros pensaron hallar la noticia de la circulación en Andrés Cesalpino, famoso médico italiano, que fué algo anterior al servita. No era á la verdad repugnante, supuesto el hallazgo de la circulación por Cesalpino, que de él viniese á España la noticia antes que nuestro albéitar escribiese de ella; pues echada la cuenta, el año de 1564, que fué el de la edición de su libro en Búrgos, ya Andrés Cesalpino tenía algo más de cuarenta años. Pero esto nada obsta para que á nuestro albéitar se adjudique la primacía del invento. Lo primero, porque los mismos que atribuyen esta gloria á Cesalpino ponen por data de su descubrimiento el año de 1593, esto es, veinte y nueve años después de la edición del libro del albéitar. Lo segundo, porque aún cuando fuese la invención de Cesalpino anterior á la edición de este libro, ¿quién creerá que ocultándose á todos los médicos que entonces había en España, pues ninguno se halla que toque el punto, sólo á un albéitar llegase la noticia? Lo tercero, porque el pasaje de Cesalpino, de donde se quiere inferir que conoció la circulación, necesita de que la buena intención del que le lee, ayude mucho la letra para hallar en él lo que pretende.

Otros pretendieron deslucir á Harveo, diciendo que éste adquirió la noticia de la circulación, de Fabricio de Aquapendente, célebre médico, cirujano y anatómico italiano, profesor de estas facultades, por espacio de cuarenta años, en la universidad de Padua, donde tuvo por oyente á Harveo. Esto por varias razones se hace totalmente inverosímil. Mas cuando fuese verdad, perjudicaría al médico inglés, no al albéitar español, que fué no poco anterior á Fabricio.

No ignoro que hubo, y aún hay ahora, quienes quisieron decir, que más há de veinte siglos conoció Hipócrates el movimiento circular de la sangre. Pero ésta fué una mera afectación, hija en parte de la supersticiosa veneración de los hipocráticos, que quieren que nada haya ignorado su jefe, y en parte de envidia á la gloria de Harveo. El hecho fué, que luego que Harveo

(*) Véase lo que se dijo sobre esto en los preliminares de este tomo. (V. F.)

publicó el descubrimiento de la circulación, todos ó casi todos los médicos de Europa se echaron sobre él, llenándole de injurias, tratando su invento de ilusión, y gritando contra esta inaudita novedad como contra una perniciosa herejía filosófica y médica. Harveo probó su novedad con argumentos tan evidentes, que casi todos los médicos se rindieron á ellos; pero entre éstos, algunos, y no pocos, ya por amor de la gloria de Hipócrates, ya por desvanecer la de Harveo, no pudiendo ya negar la verdad de la circulación, negaron que ésa fuese invento de Harveo, pues ya Hipócrates la había descubierto; para lo cual produjeron dos ó tres lugares de Hipócrates, que exprimiendo á viva fuerza la letra, vanamente quisieron que significasen dicha circulación.

En el suplemento al cuarto tomo del *Teatro crítico*, página 364, en la cita (a), escribí que en una observación de las actas físico-médicas de la academia Leopoldina, copiada en las *Memorias de Trevoux* del año de 1729, se lee que el célebre Heister produjo dos pasajes, el primero de un antiguo escoliador de Eurípides, el segundo de Plutarco, «en que formalmente se expresa la circulación de la sangre.» Pero remirándolo ahora, hallo que realmente Heister no dijo ó pretendió tanto; si sólo que en uno ú otro pasaje se leen algunos de los principios anatómicos, de donde se puede inferir la circulación, sin que los autores citados llegasen á conocerla distintamente. Y de Sarpi y Cesalpino tampoco dicen más que esto los que quisieron hablar á favor suyo, sin faltar enteramente á la verdad.

En la misma parte del suplemento, página 367, en la cita (b), escribí que el baron de Leibnitz, en una de sus cartas, citada en las *Memorias de Trevoux* del año 1727, afirma como cosa averiguada que aquel famoso hereje antitrinitario Miguel Servet fué el verdadero descubridor de la circulación de la sangre. La relación del baron de Leibnitz es como se sigue: «Yo tengo tanto mayor compasión de la infeliz suerte de Servet (Calvino le hizo quemar en Ginebra), cuanto su mérito debía ser extraordinario, pues se ha hallado en nuestros días que tenía un conocimiento de la circulación de la sangre, superior á todo lo que se sabía antes de ella.» Servet fué algo anterior á Cesalpino. Pero como no nos dice Leibnitz hasta qué punto llegó su descubrimiento, es verosímil que aunque alcanzase algo más que los que le precedieron, no excediese á Cesalpino ó Sarpi, que le subsiguieron. Lo que se puede asegurar es, que no consta que antes de Harveo algún médico ó filósofo haya hablado distintamente de la circulación, con la voz *circulación*, ni con otra equivalente, á excepción de nuestro albéitar, que claramente dejó escrito que «la sangre anda en torno y rueda por todos los miembros». Y en caso que Servet llegase á otro tanto, como este autor fué español, dentro de España queda siempre la gloria de su descubrimiento de la circulación, y de tal modo queda esa gloria en España por Servet, que en ningún modo perjudica á la particular del albéitar; pues no pudiendo éste tener noticia del descubrimiento hecho por Servet, que, como insinúa el baron de Leibnitz, se ignoró hasta muy poco tiempo há, sólo en fuerza de un ingenio sagacísimo pudo arribar al propio conocimiento. No hubo menester tanta sagacidad Harveo,

porque halló la ciencia anatómica mucho más adelantada que estaba en tiempo del albéitar, y sólo por observaciones anatómicas se podría descubrir la circulación.

Pero ¿no es admirable, padre reverendísimo, que sólo por dos ejemplares del libro del albéitar La Reina, que se salvaron de las injurias del tiempo, se haya conservado la memoria de este feliz descubrimiento, y que sólo por el accidente de tener un amigo de vuestra reverendísima uno de estos dos ejemplares haya llegado á vuestra reverendísima y á mí la noticia? Verdaderamente no hay voces con que ponderar la negligencia, el descuido y aún la insensibilidad de nuestros españoles en orden á todo aquello que puede dar algun lustre al ingenio literario de la nación; siendo mucho más reprehensible esta negligencia respecto de los inventos útiles, en todos tiempos tan gloriosos, que los antiguos gentiles elevaron los inventores á la esfera de deidades.

Lo más notable en esto es, que los extranjeros aprecian las riquezas intelectuales que nosotros despreciamos, y tal vez nos venden como suyo lo que nosotros olvidamos, y ignoramos que fué y es nuestro. Buen ejemplar de esto tenemos en el singular sistema de la nutrición por el succo nérveo, inventado por nuestra famosa doña Oliva de Sabuco, que olvidado en España, le produjo después, como invento suyo, un autor anglicano. Aún mejor es el de nuestro benedictino fray Pedro Ponce, inventor de la admirable arte de enseñar á hablar á los mudos, de que di noticia en el tomo IV del *Teatro*, discurso XIV (*), y que parece después se creía producción de Juan Wallis, insigne profesor de matemáticas en la universidad de Oxford. Por lo ménos los autores de las *Memorias de Trevoux*, en el tomo III del año de 1701, página 85, donde hablando de un tratado, que sobre este arte dió á luz en Amsterdam el año de 1700 Juan Conrado Amman, médico holandés, dicen que ya antes de éste había escrito del mismo arte, y hecho hablar algunos mudos, dicho Wallis, sin memoria de otro alguno, ni en comun ni en particular, tácitamente insinúan que á éste juzgaban ser el primero en la invención y en el uso del arte.

¿Y no pudo suceder con el invento de la circulación lo que sucedió con el del jugo nérveo y el del arte de hablar los mudos; esto es, que Harveo, hallándole en el libro del albéitar español, se le apropiase, como otros dos de su nación se apropiaron los otros dos inventos españoles? Que pudo suceder no hay duda, aunque no se podrá sin temeridad afirmar que sucedió.

¿Y qué queja podemos tener los españoles de los extranjeros porque ellos se aprovechen de lo que nosotros abandonamos? Nosotros no debemos quejarnos, y el mundo debe darles las gracias de que se conserve por su diligencia lo que, sin ella, se perdería por nuestra desidia. En el lugar citado de las *Memorias de Trevoux* se lee que el inglés Wallis y el holandés Amman enseñaron á hablar muchos mudos. La invención fué del benedictino español, y ese español también enseñó á hablar á algunos. Pero ¿quién en España se aprovechó ó aprovecha hoy de este arte? De ninguno tengo noti-

(*) *Glorias de España*, segunda parte. Véase también más adelante *Sobre la invención del arte que enseña á hablar los mudos*, página 570. (V. F.)

cia. ¿No es ésa una lamentable incuria? ¿Y no es aquella en los dos extranjeros una laudable aplicación de parte suya?

Creo que no pocos libros, muy buenos, de autores españoles se hubieran perdido, si no los hubieran conservado los extranjeros, que es á cuanto puede llegar nuestra, no diré ya negligencia, sino modorra literaria. Algunos nombra en su *Biblioteca* don Nicolás Antonio, de los cuales no tuvo noticia sino por autores extranjeros. No há mucho tiempo que leyendo el tercer tomo del *Spectador anglicano*, en el discurso XLIX, hallé citado un libro, cuyo título es *Exámen de ingenios para las ciencias*, y su autor Juan Huarte, médico español. Por lo que dice de este libro el escritor inglés, hice juicio de la excelencia de la idea y de la importancia del asunto, y como no tenía otra noticia anterior de él, fui á buscarla en la *Biblioteca* de don Nicolás Antonio, como en efecto la hallé, á la página 543 del primer tomo de la *Biblioteca nueva*, y allí un amplísimo elogio que del libro y del autor hizo Escasio Mayor (escritor, según parece, alemán), que le tradujo en latín, y traducido, le imprimió el año de 1621. Copiaré aquí parte del elogio, trasladado á nuestro idioma: «Me ha parecido, dice Escasio de nuestro Huarte, con gran exceso el más sutil entre los hombres doctos de nuestro siglo, á quien el público debe tributar supremas estimaciones, y que entre los escritores más excelentes, cuanto yo conozco, tiene un gran derecho para ser copiado de todos.»

Como yo, ántes de ver la noticia del médico Huarte en el *Spectador*, no había leído ni oído su nombre, no dejé de extrañar, al ver este grande elogio suyo, que tan tarde llegase á mí la primera noticia de un autor español de tanto mérito, y aún esa primera noticia derivada á mí de un escritor anglicano. Pero cesó después mi admiración, llegando á reconocer que este autor español, al paso que muy famosos entre los extranjeros, casi está enteramente olvidado de los españoles. En el segundo tomo de la *Menagiana*, de la edición de París del año de 1729, á la página 18, donde, en nombre de monsieur Menage, son censurados de poco eruditos los españoles, hay al fin de la página la nota siguiente, de letra menuda, puesta por el adicionador: «Monsieur Berteud, en su *Viaje*, dice que en España no es conocido el doctor Huarte ni su libro del *Exámen de los ingenios*.»

Puede llegar á más nuestra desidia? Ó por mejor decir, ¿puede llegar á más nuestro oprobio, que el que los mismos extranjeros nos den en rostro con la desestimación de nuestros más escogidos autores? Es verdad que el censor no nombró más que uno; pero el nombrar este solo para confirmar la nota de la poca erudición española, significa mucho; significa que ése es un autor insigne, esclarecido, célebre; y significa, que pues los españoles, siendo suyo y tan grande, le tienen olvidado, ¿qué concepto se puede hacer de la erudición de los españoles?

De lo que dice don Nicolás Antonio, de las pocas ediciones que se hicieron de este libro en España, y de las muchas que se hicieron en las naciones extranjeras, se colige lo mismo con que nos da en rostro el

adicionador de la *Menagiana*. Tres ediciones refiere hechas en España, la última el año de 1640; en los reinos extraños, la última el año de 1663. Y puede conjeturarse que después de la edición española de 1640, no se hizo acá otra, pues á haber alguna más cercana á nuestros tiempos, no estuvieran tan olvidados en España el libro y el autor; como asimismo se puede conjeturar, que haciendo los extranjeros tanta estimación de uno y otro, hayan hecho repetidas ediciones sobre la de 1663.

De este y otros ejemplos, que pudiera alegar, se colige cuán injusta es aquella queja, que á cada paso se oye de la vulgaridad española, de que los extranjeros, envidiosos de la gloria de nuestra nación, procuran deprimirla y oscurecerla cuanto pueden. No hay acusación más ajena de verdad. Protesto que no tengo noticia de algun español ilustre, ó por las armas, ó por las letras, que no haya visto más elogiado por los autores extranjeros que por nuestros nacionales. Los que procuran deprimir la gloria de los españoles ilustres son los mismos españoles: *Invidia hæret in vicino*. Pero, padre reverendísimo, deo un asunto tan odioso, porque si en él se calentase demasiado la pluma, podría derramar alguna sangre en vez de tinta, y concluyo rogando á vuestra reverendísima, que si puede agenciarme el libro del doctor Huarte, en cualquiera de las tres lenguas en que esté traducido, latina, italiana ó francesa, me le procure cuanto ántes, pues supongo que en el idioma español y en España será difícil hallarle; y en caso que se pueda conseguir, sólo quien, como vuestra reverendísima, reside en el centro de España, podrá hacer diligencias eficaces para este hallazgo.

NOTAS.

La idea y asunto del doctor Huarte, en su libro de *Exámen de ingenios*, es, que ántes de destinar á los niños ó jóvenes á este ó el otro estudio particular, se investigue su inclinación y habilidad, para ver en qué facultad podrá aprovechar más. A cada paso se ven genios rudos para una y agudos para otra. Éste que es inepto para las letras es muy apto para las armas, y aquel que así para las armas como para las letras es inhábil, es un rayo para la mercatura. He leído que el jesuita Cristóforo Clavio, mostrando al empezar sus estudios un ingenio, ó obtuso, ó nada penetrante para la escolástica, un hombre docto de su compañía (*), ras-

(*) Los jesuitas apreciaban el libro de Huarte y solían tenerlo en sus bibliotecas. Mas adelante, página 571, al fin de la carta

treando por algunas señas su capacidad para la matemática, dispuso que se aplicase á la geometría, en que salió tan eminente, que fué venerado de todos como el Euclides de su siglo, y uno de los mayores astrónomos, si no el mayor, de su tiempo. Todo el mundo sabe cuánto su insigne pericia astronómica sirvió á la Iglesia en la reforma del Calendario Gregoriano, cuyo ilustre y utilísimo servicio nunca hubiera llegado á lograrle, si los superiores del padre Clavio se hubiesen obstinado en llevarle por el trillado camino de la literatura ordinaria. A nuestro grande héroe Hernán Cortés puso su padre al estudio de las letras; pero él, conociendo que su genio no era para ellas, tomó el rumbo de las armas. ¿Cuánto hubiera perdido España si hubiera seguido el primer destino!

Es, pues, evidente que florecería infinito cualquiera república en que se practicase el proyecto del doctor Huarte de examinar los genios y inclinaciones de sus individuos, y aplicarlos á aquello á que fuesen más proporcionados. Creo yo bien que esto nunca llegará á lograrse, porque los padres, que comunisimamente determinan el destino de los hijos, miran á su interés particular, y no al público. ¿Quién hay que no quiera más ver en su familia un eclesiástico rico que un gran soldado? Pero aunque del libro del doctor Huarte no pueda esperarse la grande reforma que él pretende, podrá ser muy útil para otros efectos, porque siendo el autor de un ingenio supremamente sutil y perspicaz, como consta del elogio que hace de él Escasio Mayor, se debe creer que da unas reglas de especialísima delicadeza para discernir los genios, talentos y inclinaciones de los sujetos. Y este discernimiento es convenientísimo para todos los que gobiernan repúblicas, y aún para cualesquiera particulares, etc.

Sé muy bien que el *Expurgatorio* manda borrar muchas cláusulas y expresiones de la edición castellana del dicho libro de Huarte, pero esto no debe estorbar que el libro sea apreciable y tenga cosas buenas (**). Nuestro Señor guarde á vuestra reverendísima muchos años.

Sobre el arte de enseñar á hablar los mudos, dice el PADRE FEIJOO que ya tenía dos ejemplares de la obra de Huarte y que se había llevado chasco. (V. F.)

(**) Un ejemplar que poseo de la edición de 1607, en casa de Cornellas, en Barcelona, que es la más apreciada, por ser enmendada y añadida sobre la de 1594, tiene la aprobación del Vicario general y la censura, que declara no contener nada contra la fe católica. (V. F.)

NUEVA POTENCIA SENSITIVA.

El ingenioso monsieur Adison, conocido en el mundo literario por el título de *Spectador*, ó *Sócrates moderno*, en uno de sus discursos reprende como impertinencia ridícula la de muchos, que en algunas de sus conversaciones familiares hacen asunto de sus pro-

prios sueños, refiriendo que tal ó tal noche soñaron tal ó tal desatino. Creo yo que entre las muchas extravagancias que influye el amor propio, ésta sea una de ellas, porque fácilmente nos persuadimos á que todo aquello que individualmente nos pertenece, es apto á